LIBRO TERCERO.

TRATA EN ÉL DE SU MENDIGUEZ, Y LO QUE CON ELLA LE SUCEDIÓ EN ITALIA.

CAPÍTULO I.

Como hallando Guzman de Alfarache los parientes que buscaba en Génova, se fué á Roma, y la burla que antes de partirse le hicieron.

Para los aduladores, *no hay rico necio, ni pobre discreto;* porque tienen anteojos de larga vista, con que se representan las cosas mayores de lo que son; verdaderamente se pueden llamar polilla de la riqueza, y carcomas de la verdad. Reside la adulacion con el pobre, siendo su mayor enemigo, y la pobreza, que no es hija del espíritu, es madre del vituperio, infamia general, disposicion á todo mal, enemigo del hombre, lepra congojosa, camino del infierno, piélago donde se anega la paciencia, consumen las honras, acaban las vidas, y pierden las almas. Es el pobre moneda que no corre, escoria del pueblo, barreduras de la plaza, asno del rico; come mas tarde, lo peor, y mas caro; su real no vale medio; su sentencia es necedad; su discrecion locura; su voto escarnio; su hacienda del comun; ultrajado de muchos, y aborrecido de todos. Si en conversacion se halla, no es oido; si le encuentran, huyen de él; si aconseja, le murmuran; si hace milagros, que es hechicero; si virtuoso, que engaña; su pecado venial es blasfemia; su pensamiento castigan por delito; su justicia no se guarda; de sus agravios apela para la otra vida, todos le atropellan, y ninguno le favorece. Sus necesidades no hay quien las remedie; sus trabajos quien los consuele, ni su soledad quien la acompañe. Nadie le ayuda, todos le impiden, nadie le da, todos le quitan, á nadie debe, y á todos pecha. ¡Desventurado y pobre del pobre, que las horas del reloj le venden y compra el sol de agosto! Y de la manera que

las carnes mortecinas y desaprovechadas vienen á ser comidas de perros tal como inútil, el discreto pobre viene á morir comido de necios. ¡Cuán al revés corre un rico! ¡qué viento en popa! ¡con qué tranquilo mar navega! ¡qué bonanza de cuidados! ¡qué descuido de necesidades ajenas! Sus alfolíes llenos de trigo, sus cubas de vino, sus tinajas de aceite, sus escritorios y cofres de moneda. ¡Qué guardado el verano del calor! ¡qué empapelado el invierno por el frio! De todos es bien recibido; sus locuras son caballerías; sus necedades sentencias: si es malicioso, le llaman astuto: si pródigo, liberal: si avariento, arreglado y sabio: si murmurador, gracioso: si atrevido, desenvuelto: si desvergonzado, alegre: si mordaz, cortesano: si incorregible, burlon: si hablador, conversable: si vicioso, afable: si tirano, poderoso: si porfiado, constante: si blasfemo, valiente; y si perezoso, maduro: sus yerros cubre la tierra; todos le tiemblan, que ninguno se le atreve: todos cuelgan su oido de su lengua, para satisfacer á su gusto; y palabra no pronuncia, que con solemnidad no la tengan por oráculo. Con lo que quiere sale; es parte, juez y testigo; acreditando la mentira, su poder le hace parecer verdad, y cual si la fuese, pasa por ella: ¡cómo le acompañan, cómo se llegan, cómo le festejan, cómo le engrandecen! Ultimamente, pobreza es la del pobre, y riqueza la del rico; y así, donde bulle buena sangre, y se siente de la honra, por mayor daño estiman la necesidad que la muerte; porque el dinero calienta la sangre, y la vivifica; y así el que no le tiene, es cuerpo muerto que camina entre los vivos: no se puede hacer sin él alguna cosa en oportuno tiempo, ejecutar gusto, ni tener cumplido deseo. Este camino corre el mundo; no comienza de nuevo, que *de atrás le viene al garbanzo el pico,* no tiene medio ni remedio: así lo hallamos, así lo dejaremos: no se espere mejor tiempo, ni se piense que lo fué el pasado: todo ha sido, es, y será una misma cosa. El primer padre fué alevoso; la primera madre mentirosa; el primer hijo ladron y fratricida. ¿Qué hay ahora que no hubo? ¿ó qué se espera de lo por venir? Parecernos mejor lo pasado, consiste solo, que de lo presente se sienten los males, y de lo ausente nos acordamos de los bienes; y si fueron trabajos pasados, alegra el hallarse fuera de ellos, como si no hubieran sido. Así los prados, que mirados de lejos es apacible su frescura, y si llegais á ellos, no hay palmo de suelo acomodado para sentaros: todo son hoyos, piedras, y basura: lo uno vemos, lo otro se nos olvida. Muy antigua cosa es amar todos la prosperidad, seguir la riqueza, buscar la hartura, procurar las ventajas, morir por abundancias: porque donde faltan, el padre al hijo, el hijo al padre, hermano para hermano, yo á mí mismo quebranto la lealtad, y me aborrezco. Así me lo enseñó el tiempo con la disciplina de sus discursos, castigándome con infinito número de trabajos. Ya veo, que si cuando á Génova llegué, me considerara, no me arriesgara; y si

aquella ocasion guardara para mejor fortuna, no me perdiera en ella, como sabrás adelante. Luego, pues, que dejé á mi amo el capitan, con todos mis harapos y remiendos, hecho un espantajo de higuera, quise hacerme de los godos, emparentando con la nobleza de aquella ciudad, publicándome por quien era; y preguntando por la de mi padre, causó en ellos tanto enfado, que me aborrecieron de muerte; y es de creer, que si á su salvo pudieran, me la dieran, y aun tú hicieras lo mismo si tal huésped te entrara por la puerta; mas harto me la procuraron, por las obras que me hicieron. A persona no pregunté, que no me socorriese con una puñada ó bofeton. El que menos mal me hizo, fué escupiéndome á la cara, decirme : Bellaco, marrano, ¿sois vos Genoves? hijo sereis de alguna gran mala mujer, que bien se os echa de ver: y como si mi padre fuera hijo de la tierra, ó si hubiera de doscientos años atrás fallecido, no hallé rastro de amigo ni pariente suyo, ni descubrirle pude, hasta que uno se llegó á mí con halagos de cola de serpiente. O hideputa, viejo maldito, y cómo me engañó, diciendo : Yo, hijo, bien oí decir de vuestro padre; aquí os daré quien haga larga relacion de sus parientes, y han de ser de los mas nobles de esta ciudad, á lo que creo; y pues habreis ya cenado, veníos á dormir á mi casa (que no es hora de otra cosa); de mañana daremos una vuelta, y os pondré (como digo) con quien los conoció y trató gran tiempo. Con la buena presencia y gravedad que me lo dijo, su buen talle, la cabeza calva, la barba blanca, larga hasta la cinta, un báculo en la mano, me representaba un san Pablo. Fiéme de él, seguíle á su posada, con mas gana de cenar que de dormir, que aquel dia comí mal, por estar enojado, y ser á mi costa, que temblaba de gastar; mas como lo que nos dan es poco, y si nos cuesta dineros comemos poco pan y duro, y aun se nos hace mucho y blando, ya me hacia guardoso. Ibame cayendo de hambre, y mira cual era mi huésped, pues como el Cordobes, me dijo que ya yo habria cenado; y si no temiera perder aquella coyuntura, no fuera con él sin visitar primero una hostería; mas la esperanza del bien que me aguardaba, me hizo soltar el pájaro de la mano por el buey que iba volando. Luego como entramos, un criado salió á tomar la capa; no se la dió, antes en su lengua estuvieron razonando; envióle fuera, y quedámonos á solas paseando. Preguntóme por cosas de España, por mi madre, si le quedó hacienda, cuántos hermanos tuve, y en qué barrio vivia; fuíle dando cuenta de todo con mucho juicio. En esto me entretuvo mas de una hora, hasta que volvió el criado : no sé qué recado le trajo, que me dijo el viejo : Ahora bien, idos á dormir, y mañana nos veremos. Ola, Antonio María, lleva este hidalgo á su aposento. Fuíme con él de una en otra pieza : la casa era grande, obrada de muchos pilares y losas de alabastro : atravesamos un corredor, y entramos en un aposento que estaba al cabo de él :

teníanle bien aderezado, con unas colgaduras de paños pintados de matices, á manera de arambeles, salvo que parecian mejor : á una pared habia una cama, y junto á la cabecera un taburete; y como si tuviera que desnudarme, acometió el criado á quererlo hacer. Llevaba un vestido, que aun yo no me lo acertaba á vestir sin ir tomando guia de pieza en pieza, y ninguna estaba cabal ni en su lugar, de tal manera, que fuera imposible discernir ó conocer cuál era la ropilla ó los calzones quien los viera tendidos en el suelo. Así desaté algunos nudos con que le ataba por falta de cintas, y le dejé caer á los piés de la cama; y sucio como estaba, lleno de piojos, metíme entre la ropa : era buena, limpia y olorosa. Consideraba entre mí, si este buen viejo es deudo mio, y me hace cortesía, y no quiere descubrirse hasta mañana, buen principio muestra, haráme de vestir, trataráme bien; pues estando tal, me hace tan buen acogimiento, sin duda es como lo digo : de esta vez yo soy de la buena ventura. Era muchacho, no ahondaba, ni veia mas de la superficie; que si algo supiera, y experiencia tuviera, debiera considerar, que á grande oferta, grande pensamiento, y á mucha cortesía, mayor cuidado, que no es de balde, misterio tiene : *si te hace caricias el que no las acostumbra hacer, á engañarte quiere, ó te ha menester.* Salió fuera el criado, dejándome una lámpara encendida : díjele que la apagase. Respondió, que no hiciera tal, porque de noche andaban en aquella tierra unos murciélagos grandes muy dañosos, y solo el remedio contra ellos era la luz, porque huian á lo oscuro. Mas me dijo, que era tierra de muchos duendes, y que eran enemigos de la luz, y en los aposentos oscuros algunas veces eran perjudiciales. Creíle con toda la simplicidad del mundo. Con esto se salió; yo luego me levanté á cerrar la puerta, no por miedo de lo que me pudieran hurtar, mas con sospecha de lo que (como muchacho) me pudiera suceder. Volvíme á la cama, dormíme presto, y con mucho gusto, porque las almohadas, colchones, cobertores y sábanas me brindaban, y á mí no me faltaba gana. Pasado ya lo mas de la noche, declinada la media, caminando al claro dia, y estando dormido como un muerto, recordóme un ruido de cuatro bultos, figuras de los demonios, con vestidos, cabelleras y máscaras de ello : llegáronse á mi cama, y dióme tanto miedo, que perdí el sentido, y sin hablar palabra me quitaron la ropa de encima; dábame priesa haciendo cruces, rezaba oraciones, invoqué á Jesus mil veces; mas eran demonios bautizados, mas priesa me daban. Habian puesto sobre el cochon, debajo de la sábana, una frazada : cada uno asió por una esquina de ella, y me sacaron en medio de la pieza : turbéme tanto, viendo que rezar no me aprovechaba, que ni osaba ni podia desplegar la boca. Era la pieza bien alta y acomodada; comenzaron á levantarme en el aire, manteándome como á perro por carnestolendas, hasta que ellos, cansados de zarandearme, habiéndome mo-

lido, me volvieron á poner adonde me levantaron, y dejándome por muerto, me cubrieron con la ropa, y se fueron por donde habian entrado, dejando la luz muerta: yo quedé tan descoyuntado, tan sin saber de mí, que siendo de dia, ni sabia si estaba en cielo, si en tierra. Dios, que fué servido de guardarme, supo para qué. Serian como las ocho del dia, quíseme levantar, porque me pareció que bien pudiera, halléme de mal olor, el cuerpo pegajoso y embarrado. Acordóseme de la mujer de mi amo el cocinero, y como en las turbaciones nunca falta un desconcierto, mucho me afligí; *mas ya no podia ser el cuervo mas negro que las alas*: estreguéme todo el cuerpo con lo que limpio quedó de las sábanas, y añudéme mi hatillo. En cuanto me tardé en esto, estuve considerando qué pudiera ser lo pasado, y á no levantarme descoyuntado creyera haber sido sueño: miré á todas partes, no hallaba por donde hubiesen entrado; por la puerta no pudieron, que la cerré con mis manos, y cerrada la hallé: imaginaba si fueron trasgos, como la noche antes me dijo el mozo: no me pareció que lo serian, porque hubieran hecho mal de no avisarme que habia trasgos de luz. Andando en esto alcé las colgaduras, para ver si detrás de ellas hubiera portillo alguno; hallé abierta una ventana que salia al corredor, luego dije: Ciertos son los toros, por aquí me vino el daño; y aunque las costillas parece que me sonaban en el cuerpo como bolsa de trebejos de ajedrez, disimulé cuanto pude por lo de la caca, hasta verme fuera de allí. Cubrí muy bien la cama, de manera que no se viera entrando mi flaqueza, y por ella me dieran otro nuevo castigo. El criado que allí me trajo vino casi á las nueve á decirme que su señor me esperaba en la iglesia, que fuese allá; y porque allí no se quedara el mozo, para ganarle ventaja, roguéle me llevara hasta la puerta, que no sabria salir; llevóme á la calle, y volvióse. Cuando en ella me ví, como si en los piés me nacieran alas, y el cuerpo estuviera sano, tomé las de Villadiego, afufélas, que una posta no me alcanzara; mas se huye que se corre: mucho esfuerzo pone el miedo; yo me traspuse como el pensamiento; compré vianda, y para ganar tiempo iba comiendo y andando; así no paré hasta salir de la ciudad, que en una taberna bebí un poco de vino, con que me reformé para poder caminar la vuelta de Roma, donde hice mi viaje, yendo pensando en todo él, con qué pesada burla quisieron desterrarme porque no los deshonrara mi pobreza; mas no me la quedaron á deber, como lo verás en la segunda parte.

CAPÍTULO II.

Como, saliendo de Génova Guzman de Alfarache, comenzó á mendigar, y juntándose con otros pobres aprendió sus estatutos y leyes.

Tal salí de Génova, que si la mujer de Lot hiciera lo que yo, no se volviera piedra. Nunca volví atrás la cabeza. Iba la cólera en su punto, que quando hierve, por maravilla se sienten aun las heridas mortales; despues, cuanto mas el hombre se reporta, tanto mas reconoce su daño. Yo escapé de la de Roncesvalles como perro con vejiga; no habia ligadura fiel en toda mi humana fábrica, mas no lo sentí mucho hasta que reposé, llegando á una villeta, diez millas de allí, que aporté sin saber donde iba, desbaratado, desnudo, sin blanca y aporreado. ¡O necesidad, cuánto acobardas los ánimos, cómo desmayas los cuerpos! y aunque es verdad que sutilizas el ingenio, destruyes las potencias menguando los sentidos, de manera que vienen á perderse con la paciencia.

Dos maneras hay de necesidad: una desvergonzada que se convida, viniendo sin ser llamada; otra, que siendo convidada, viene llamada y rogada. La que se convida líbrenos Dios de ella; esa es de quien trato; huésped forzoso en casa pobre, que con aquella fuerza trae mil efes en su compañía; es fuste en quien se arman todos los males, fabricadora de todas traiciones, fuerte de sufrir y de ser correjida; farol á quien siguen todos los engaños, fiesta de muchados, folla de necios, falsa ridiculosa, fúnebre tragedia de honras y virtudes; es fiera, fea, fantástica, furiosa, fastidiosa, floja, fácil, flaca, falsa, que solo le faltaba ser Francisca; por maravilla da fruto que infamia no sea. La otra que convidamos es muy señora, liberal, rica, franca, poderosa, afable, generosa, conversable, graciosa y agradable: déjanos la casa llena, hácenos la costa, es firme defensa, torre inexpugnable, riqueza verdadera, bien sin mal, descanso perpetuo, casa de Dios, y camino del cielo. Es necesidad que se necesita, y no necesitada, levanta los ánimos, da fuerza en los cuerpos, esclarece las famas, alegra los corazones, engrandece los hechos, inmortalizando los nombres: cante sus alabanzas el valeroso Cortés[1], verdadero

[1] Hernan Cortés, por quitar á algunos de los soldados que le acompañaron á la conquista de Méjico la esperanza de volverse á Cuba antes de concluir tamaña empresa, tomó la heróica resolucion de echar á fondo su armada, poniéndolos en la necesidad de vencer ó morir.